

José Manuel Sánchez

CIUDAD DEL SUR

QUERADA desde el Cerro, su aspecto es internacional, con la sensación brumosa del mar lejano y sus puertos que se abren como bocas ávidas para engullir los mensajes que él les envía; con sus ferrocarriles que manchan el horizonte y se arrastran por el puente de San Pedro como si fueran un juguete frente al agua azul.

Entre ambas latitudes, a lo largo del río, la estación lanza sus trenes lluviosos, el viento los escolta y vacía sobre la mansedumbre de sus calles el reclamo de su agreste sinfonía, borda arabescos en la ondulante cinta del río, y, siempre ufano, viene a estremecer la floresta de sus parques risueños, amagando el pudor de las mujeres, batiendo arriba su enorme toldo azul, hasta el mar, donde llega, incansable y elástico, a henchir el albo triángulo de las velas y a salpicar el rostro de los alegres pescadores que vuelven.

Te han llamado perla, te han llamado dama, quizá porque brilla entre tus senos la gema vaporosa de tus lagunas, en las cuales gustas mirarte, mujer moderna, fumando los silentes cigarros de tus fábricas.

Libre y despreocupada, ostentas grandes sitios vacíos que amortajan las ruinas de los incendios, y donde, para regocijo de tus habitantes, se instalan los circos con su sorpresa de fanfarrias y animales sabios.

Tu psicología es simple cual la imagen de tu plano rectiforme, sin contar el agua de las Niñas, tortuosa y musical, donde es bueno que siempre haya quintas con dueños ingleses y alemanes y tranvías chillones como diligencias antiguas.

Ciudad del Sur... Una red bermeja de caminos te lleva hacia los campos, y por eso hay tal fruición en las caminatas por tus cerros, bajo los pinos sombríos y azules que a lo lejos decoran el paisaje fluvial, y en el trueno que irrumpe inopinado, y en el rápido chubasco que aroma tu tierra generosa.

Entonces la ciudad se demuda; de sus cuatro esquinas ruedan pañuelos grises, azulados, para juntarse arriba en uno solo gris, denso y lúgubre. La gente marcha cohibida por las calles lloriqueadoras, hasta que la noche se desploma como una nube más oscura.

Graves campanadas de la catedral—único vigía de la noche—anuncian las nueve. Es la hora de dormir. En la inquieta penumbra de los faroles acetilenos, piérdense los pasos de algún noctámbulo; medrosas ráfagas vienen a golpear la ventana del cuarto, y quizá un niño se aletarga al monótono gemir de una veleta del tejado.

Pero he aquí que retorna la frágil barca de tus claros días, imagen de periscopio, perfil riente y dorado de tu añoranza. Derrámase mi pensamiento como otro goce de lluvia sobre tus campos vírgenes y a los inviernos grávidos se suceden ardientes primaveras.

Entre colina y colina, blandamente empiezan a doblar las tres místicas de Loyola, con sus voces doloridas y que se quejan de la inconstancia de los monaguillos o de no poder volar al campanario turquí del cielo.

En ellas cantan sus tardes amapoladas, tardes de la

plaza de tilos, con algarabía de voces y de músicas, tardes del Cerro que, como sus mujeres, cambian su vestido azul en malva y opalino, tardes, en fin, donde uno esperó al pie de la jaula abandonada, en tanto las semáforas del crepúsculo advertían sin cesar la inminente llegada del convoy de la noche.

MEDALLA

Entonces el Creador tomó la arcilla más dúctil de su empíreo y con sus divinos dedos trazó tu perfil de música y la turgencia blonda de tu cuerpo. Tejió las niñas de tus ojos con las primeras sombras del crepúsculo, que van del violeta al azul intenso, y encima de tus dulces cabellos detuvo la noche, ondulante de astros, para que los ensortijara y embelleciera.

Y bendíjote junto al mar, no para que vieses su locura, que no amas, sino el salado aquietamiento que inconsciente meces en la plenitud de tu belleza. Y para distinguirte de sus otras beldades y mejor quererte, compuso tu nombre con las voces perdidas del viento y dijo: «todos la nombren, todos la quieran», y se hizo alrededor un silencio de suspiro contenido.

Al fin, no contento, restó de su cielo un rayo del sol para que iluminase con gracia infinita el albor de tu sonrisa perenne.

JACINTOS EN SUS OJOS

Desde temprano hubo un constante llamar a la puerta; era la fiesta de mi pequeño rey. Asomado al balcón del cielo, esfera rutilante que contempla su propia figura, pero también señala el camino de los men-

sajeros que vienen doblados bajo sus cestos de amor. Por tí su alegría, tú le lavas la cara como a un niño que ha llorado mucho y le colmas de dones que desentumen su aterido corazón.

A la hora del regreso y sin ella, mi otro yo viajaba en ómnibus por las calles de Londres. El crepúsculo daba un hierático prestigio a las cosas que le pertenecieron. Otra mujer se sentó a mi lado con una maceta de flores, y tú comenzaste a desenredar los velos de la noche, que caían como un iris sobre mi corazón en espera.

Abajo se destorcía el vórtice de Lilliput, que sus ojos no se atrevieron a mirar, hasta que una canción de sus labios envolvió el mundo.

DOMINGO DE INVIERNO

Ojos arrasados, Heridas de la tierra después de la lluvia. A ambos lados de las charcas se estira la calle desierta, sombría, y el viento pasa y escribe una breve canción sobre el agua, donde se reflejan temblando las letras invertidas de los almacenes.

HISTORIA DEL VIEJO MARINERO

ONIRIA.

Tus pies sedeños caminan siempre hacia mí por un polvo cansado; acaso tus huellas son las manchas que aparecen en el sol y que han preocupado a los astrónomos.

Tú, no obstante, sacudes la rama en flor de mi alegría y combates la pesadumbre con que te ven mis ojos. Ah, tus rizos, ¿no fueron hechos por el ebanista rústico con las maderas más olorosas de las montañas del Sur?

Viniendo hasta la colina ensimismada me dijiste, entre risas, que tu boca era una granada madura, abierta por los besos del sol. Y tú bien sabías que yo era un sediento.

Oniria, la Viajera. Mi rústico labio ha escanciado gota a gota el vino oloroso de tu recuerdo, y hoy tu bella imagen se desvanece entre almohadones de tiempo.

BERGANTIN DE ILUSIONES

¡ Bergantín de ilusiones, burlador de la muerte. Presentase como un océano de tiempo, en que desaparece siempre tras su ruta el bergantín.

Yo iba solo e inerte en un andar de siglos por las landas. Mi sendero seguía la ruta de un río—ruta de canciones; pero de noche oíase más claro su gárrulo de protestas—y ambos, río y sendero, se enlazaban como dos almas que reconocen su común destino.

Así fué como mi esperanza, que avizoró el océano, transformárase en aguda proa y mi corazón adquiriera la forma de un ancla nostálgica.

Y marchaba por el mundo con esta rara paradoja, cuando de improviso me encontré en la Caverna de los Espectros. Presentidas imágenes flotaban en las tinieblas. Una muralla alta y húmeda brillaba a la luz pálida de la noche. Me consulté. Era preciso salir antes que el miedo anegase los compartimentos de mis aurículas, y de un salto, ayudado por mis manos, una vez más burlé a la Muerte.

Un estallido metálico hirió entonces mis oídos. Era el mar. Pero un fuerte olor de desgracia vino a empañar la ufana comodidad del espectáculo. Un barco zozobrababa en silencio. ¡Mi viejo bergantín de alas blancas, mi caballo de locuras con sus cuatro cardinales! Y mi dolor crecía. Pero una angustia aún más honda me acechaba, tan honda como el alma de la que dormía en su sentina.

Entonces me olvidé de toda circunstancia de familia. Me ví superado arrancándola al naufragio irremediable. El viento sacudía mi corazón como una campana, y la olas pasaban por encima de sus cabellos de bruma... Pero ella insistió en ser la vagabunda. Sólo recuerdo que más solitario que un Róbinson de leyenda fuí abandonado en la espesa Isla de los Remordimientos.

Oniria, mi bella Oniria.

Apenas me acuerdo de aquel extraño viaje, de cómo fué destruído un amor tan caro a Dios y a sí mismo, igual que en la niñez disipaba con mi aliento los peces de la redoma y las imágenes en los cristales de la ventana.